

sobre blanco; le abrí, saqué un pliego de papel bristol y leí:

«Los señores de Harlés tienen el honor de participar á usted el nacimiento de su hija Magdalena.»

Sólo que, por tratarse de mí, habían tachado dos palabras: «el honor», había sido borrado y en su lugar una mano de mujer, de mujer dichosa, seguramente, había escrito «la alegría».



XIX

El drama de Kerfeun.

Hoy he estado hablando con el Sr. Le Duizel, de que Bretaña se está envenenando con el alcohol.

—¡Ah!—me dijo.—¡Qué escenas presencié hace ocho días! Usted debe haberlo experimentado lo mismo que yo: lo más horrible en una ruina humana, es el sentimiento de la altura desde la cual se ha desplomado todo aquello. Podemos no pensar en ello cuando se trata de un ser completamente degradado. Pero cuando se derrumba un torreón, al recoger del suelo las piedras, siempre, aunque hayan caído desde muy alto, se encuentra un trozo labrado, ó algún tallito de liquen, cuya semilla depositara el viento en una hendidura del sillar. ¡Es horrible ver esto!

Ya recordará usted mi antiguo caserón, de un solo piso, que no tiene más signo de nobleza que sus macizos de hiedra, y dos ventanas con crucero, entre otras muchas sin mérito artístico; su terraza, llena de flores en la parte de delante, y en la de detrás, el paseo de

olmos, tan ancho, tan largo, que hoy sólo desemboca en una porción de senderos perdidos entre los trigales. El jueves por la noche, estaba yo paseándome por la entrada de la olmeda y mirando por entre los árboles mis tierras muertas de sed, cuando ví que corría hacia mí un hombre que alzaba su bastón á cada tres ó cuatro pasos y que gritaba:

—¡Señor alcalde!

Salí á su encuentro.

—Señor alcalde, es necesario que venga usted inmediatamente á la granja de Kerfeun: ha ocurrido una desgracia!

—¿Qué ha sido?

—¡Han matado á la madre! Está en el pajar; yo la he visto á la pobre. No han tocado el cuerpo, como es natural, y el hijo me ha dicho: «Ve á avisar al alcalde, es necesario que venga.»

Me puse inmediatamente en camino, con el hombre que había venido á avisarme, un tratante en bueyes y en cerdos, muy conocido por aquellos contornos, y seguimos la olmeda para tomar al final de ella un sendero que cruzaba un campo de aulagas. La granja de Kerfeun dista cerca de dos kilómetros de mi casa y está situada precisamente en el límite de mis tierras. Durante el trayecto, el tratante en bueyes, fatigado por la caminata y prudente además, como todos los campesinos que poseen un secreto peligroso, casi no me habló; y en cuanto vimos de lejos la cerca de Kerfeun, se separó de mí pretextando un quehacer en la

estación cercana. Lo único que pude averiguar fué que la vieja había sido agredida al volver de la feria, y que había ido á caer en un montón de trébol, á la misma entrada del pajar. ¿Quién la había matado?

A mí y á la justicia nos correspondía descubrir al asesino.

Atravesé el hayedo que, desde tiempo inmemorial, sirve á los colonos de Kerfeun para amontonar el estiércol y la leña, y luego crucé el patio iluminado por la luz de la luna y desierto en aquel momento. Enfrente de mí tenía dos edificios que formaban ángulo recto; la casa á la izquierda y los establos á la derecha. Junto á los establos, techado con el mismo bálago, ya verde por efecto de la lluvia, reconocí el pajar, cuya puerta estaba de par en par. Pero la granja parecía abandonada. No se oía más ruido que el sordo mugir de una vaca atormentada por las moscas; no se veía una luz en las ventanas. Llamé. Transcurrieron algunos segundos.

Me esperaban. A lo largo del ventanal de la sala principal, contigua á los establos, vióse correr un resplandor, y el colono Jobic salió con un farol que no era necesario. Andaba muy derecho. La luna le iluminaba de lleno. Yo veía su rostro, largo y afeitado, vuelto hacia mí; su boca, de labios finos y apretados uno contra otro; su nariz colgante; su ojos castaños, que parecían huir de los míos; su pelo rojo, cortado á punta de tijera, y su sombrero ancho de fieltro, echado hacia atrás como una aureola. Jobic llevaba aún la blusa

corta de algodón azul que los bretones suelen ponerse cuando viajan.

—¡Llévame adonde está el cadáver!

Se llevó la mano derecha á la frente y se tapó los ojos, en tanto que suspiraba como si fuese á echarse á llorar. Pero cuando retiró la mano, ví que no había llorado: sólo tenía el rostro un poco alterado.

—¿Tú también fuiste á la feria, Jobic?, ¿has bebido?

—¡Casi no lo he probado, señor alcalde, se lo juro á usted!

—Entonces, me contarás todo. Precédeme.

Se dirigió lentamente hacia el pajar, y como estaba abierta la puerta, fuese en derechura al montón de trébol, é inclinándose, apartó un trapo, una colcha rota ó una manta—no sé á punto fijo lo que era—que ocultaba el cadáver de su madre. El cuerpo de la vieja había caído hacia delante y tenía los brazos extendidos, las manos abiertas y la cara casi hundida entre la hierba seca. El pelo estaba enmarañado y lleno de sangre.

Jobic contemplaba aquel espectáculo de muerte sin estremecerse, sin horrorizarse. Parecía que en él todo sentimiento natural había sido abolido, y que ya no se daba cuenta de lo que fuera para él aquella pobre criatura que yacía á nuestros pies. Una sola cosa le preocupaba: el temor de que cambiase lo más mínimo la actitud de la muerta antes de que llegase el Juez. Como yo apartase uno de los brazos para ver mejor la cara, cogió á su vez, sin emoción, aquella mano que le había mecido, y la colocó lo mismo que estaba antes.

Sin embargo, respiró al hallarse afuera, á la luz de la luna, al aire libre, lejos del montón de trébol. Le abrumé á preguntas. Jobic dió á entender que, al volver de la feria, adonde había ido con su madre y su hermana—la criada quedó guardando la casa,—las mujeres empezaron á regañar en el patio. Cuando le pregunté: «¿Quién la mató?» señaló con la mano una alcoba situada en un extremo de la casa.

—¿La criada?

Hizo un signo negativo.

—¿Entonces tu hermana es la matadora? ¿Está aquí? ¡Llévame á su cuarto!

No se movió. Me encaminé yo solo á la casa, abrí la puerta de la alcoba, iluminada únicamente por la escasa claridad que entraba de afuera, y, levantando el farol que le había quitado á Jobic de las manos, ví dos mujeres; una de ellas,—la criada,—huyó aterrada al rincón más oscuro de la habitación y se escondió allí; la otra, completamente borracha, estaba tendida en la cama, el pelo suelto, pálida, la boca torcida por efecto de la congestión producida por el alcohol. Esta era la hermana del colono, la que había agredido y matado á su madre, sin darse cuenta del crimen; una muchacha raquítica, hija seguramente de un padre degenerado, y á la que había visto muchas veces en los caminos y en los campos de Kerfeun, llamándome la atención la expresión bestial, sombría é hipócrita de su fisonomía.

Volví al lado de Jobic.

—Tú respondes de tu hermana—le dije.—Si se despierta, no la dejes escapar. Voy á avisar al procurador de la República.

Permaneció mudo y creí que iba á llorar. En el momento en que yo salía del patio de la granja le ví coger un brazado de paja, llevarlo al pie de la escalinata que conducía á la alcoba de Ana y acostarse allí para pasar la noche.

Al día siguiente tuve que cumplir infinidad de obligaciones penosísimas. Á mí no me correspondía sino un papel pasivo, ó poco menos, pero me ví obligado á asistir á las primeras actuaciones: examen del cadáver y del lugar del crimen; interrogatorio de Ana, que no se acordaba de nada; de Jobic, que no quería acordarse, y de la criada, la cual fué presa de un ataque de nervios; reconstitución de la escena, redacción del sumario... La justicia se había posesionado de la granja. El procurador, el juez de instrucción, el escribano, el médico forense, iban y venían por las habitaciones, los graneros y los establos. Los gendarmes daban el pienso á los caballos de Jobic y á sus propios caballos, que ocupaban la misma cuadra que los del colono. Los ordenanzas salían corriendo en dirección á las granjas inmediatas y volvían acompañados de hombres y de mujeres, que desfilaban uno á uno, lentamente, como si se considerasen ya presos, y que, en cuanto se veían libres, por no haber dicho nada que pudiese comprometerles, saltaban la cerca y desaparecían. Otras muchas personas aumentaban la animación y el

ruido que reinaba en Kerfeun; en primer lugar, los curiosos, que no se apartaban de la casa, deseosos de ver á «la matadora», ó al hermano, ó al Juez; y en segundo lugar, los que habían de llevar á todas partes la noticia, avisados, según costumbre, por el amo de la casa, y que habían de ir, á través de las landas y los sembrados, á anunciar la muerte á parientes y amigos, y á invitarlos al entierro. Según costumbre también, Jobic daba de comer y de beber á todos en la cocina.

Yo creo, que ninguno de los principales actores ó testigos del drama había recobrado por completo la razón. En tanto que los hombres comían en la cocina, el médico forense hacía la autopsia en el sótano contiguo, que recibía la luz por una ventana baja y dos tragaluces. Yo estaba presente. Habían tendido el cuerpo en unas tablas colocadas sobre unas barricas. Yo no tenía valor para mirar hacia aquel lado. De repente, se abrió la puerta, y un hombre que llevaba una jarra en la mano, se inclinó para entrar, diciendo:

—¡Pues hace falta más sidra!

Era Jobic. No sé quién cerró la puerta de un empujón, y sin duda, tiró al colono al suelo, porque oímos el ruido de una caída y durante unos minutos los comensales hablaron en voz baja.

Llegó la noche. Los magistrados abandonaron la granja. Como el coche que se había pedido al pueblo inmediato para llevar á Ana á la cárcel llegase muy tarde, se convino en que la presa pasaría la noche en

la granja custodiada por los gendarmes y que no se la llevarían hasta la mañana siguiente.

El día amaneció hermoso y fresco. El aspecto de Kerfeun había cambiado por completo. Todo era orden, silencio, recogimiento. Mucho antes de la hora fijada para el entierro, infinidad de bretones enlutados, habían ido sentándose silenciosamente, formando un semicírculo, en el hayedo y en los prados que bajaban hacia el patio. En la sala, la muerta estaba todavía tendida en la cama de matrimonio, con un crucifijo sobre el pecho y la cara destapada. Al pie del lecho lloraba Jobic, en tanto que algunos parientes cercanos, arrodillados en el fondo de la habitación, rezaban el rosario. Cuando oyó dar las ocho, levantóse el colono, y fué á abrir la puerta que ponía en comunicación la sala con la alcoba de Ana.

Transcurrieron algunos segundos. Ana apareció entre los dos gendarmes encargados de su conducción. Bajó la cabeza y la volvió hacia la derecha; hubiese querido cruzar la sala corriendo, corriendo y salir. Pero su hermano la detuvo.

—Ana—le dijo—no saldrás de casa sin haber dado un beso á madre, para pedirle perdón.

La joven se estremeció, y fué tan fuerte su emoción que su rostro cambió, se transformó por completo. Vimos otra Ana, presenciemos la resurrección de aquella á quien el veneno había aniquilado, y una muchacha ya ajada, pero de ojos expresivos, de labios finos, de mirada llena de ternura, de respeto y de remordi-

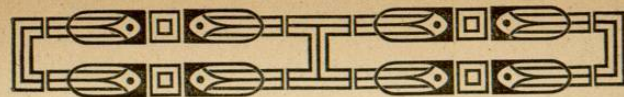
miento, se inclinó sobre la frente de la muerta y la besó.

—¡Ahora reza una *Ave Maria!*—añadió Jobic.

Ana recitó la oración en voz baja, y muy de prisa. No se oyó más que: «Ahora y en la hora de nuestra muerte...»

—¡Amén!—dijo el hermano.

Y los gendarmes se la llevaron, en tanto que algunas personas, por compasión ó por verla, se levantaban y la acompañaban sollozando.



XX

El segador.

EL sol lucía aún para los habitantes de la llanura. Los de la montaña, entre Albertville y Moûtiers, hacía ya largo rato que no le veían. Más allá de los pueblecillos agazapados á orillas del Isère, más allá de los prados y de las amarillentas peñas incrustadas como pedazos de vidrio en el gris plumizo de los bosques de abetos, un resplandor de incendio aparecía aún en el cielo, iluminando un picacho, la cima de una loma, un cerro nevado; pero, para verlo, era necesario levantar la cabeza. Era como las bandadas de pajarillos que pasan demasiado lejos, y cuyo canto y cuyos movimientos no nos causan ya ningún placer.

Acababan de dar las cinco en el reloj de la cocina y podía decirse que á tal hora comenzaba la verdadera soledad para la cabaña del guardabosque Bielé, situada en la orilla derecha del Isère. La niebla ocultaba el desfiladero, estrecho y siempre amenazado por las montañas, en donde se precipitan, se tropiezan entre-

lazándose como los ramales de un cable, el torrente, siempre coronado de espuma, el camino defendido por un pretil, y la vía férrea. Aquel era el único pasaje, la única comunicación con el mundo. Porque á la izquierda de la casa, y á poca distancia, el desfiladero se estrechaba y hacía un recodo; el camino y el Isère desaparecían tras un grupo de rocas negruzcas, la vía se internaba en un túnel, y todo parecía concluir allí. Cuando pasaba el tren de la noche, sus faroles surgían de las tinieblas y el ruido que hacía retumbaba como un cañonazo.

Las cinco. Para tomar el aire, para huir del humo que invadía la cocina—aquella neblina abrumadora no lo dejaba salir por la chimenea,—Telma Bielé abrió la puerta. Salió al llano que daba al camino y en el cual había algunas matas de campanillas, claveles rojos, alelíes y dos enormes girasoles, que no tenían más que una corona incompleta de pétalos, y semejaban dos ruedas de fuegos artificiales ya medio consumidas. No pasaba alma viviente; no se veía una persona, ni un animal. El camino estaba al nivel del llano, el Isère rugía al otro lado, y detrás de la casa los abetos se erguían en la pendiente abrupta.

Telma se entró en la casa, rechazó con el pie algunos tizones que habían caído al suelo, bajó la cadena de la que pendía la marmita, y luego se miró en el espejo que estaba colocado precisamente encima de la chimenea. Contempló su rostro con alguna emoción. Pensaba: «No debo ser la misma.» Y buscaba las huellas visi-

bles de la transformación que sentía en su corazón. Veía una mujer de treinta y cinco años, blanca y rosada, de nariz pequeña, ojos hundidos y pelo rubio aprisionado por la gorrita. Telma no era una belleza, pero era bastante linda, alta, esbelta y arrogante. Un encanto especial residía, sobre todo, en sus ojos de noche, por cuyos párpados, al menor saludo, á la menor galantería, al más insignificante pensamiento, corría y temblaba un resplandor que no se sabía si era lágrima ó sonrisa. Los hombres que la veían no la olvidaban fácilmente. Para ella había sido una desgracia el ser tan admirada. Casada muy joven con un hombre de cortos alcances, enclenque y borrachín, hacía tres años que había llegado á aquella casa con su marido á quien la administración cambiaba de cantón por tercera vez. Era forastera, más fina, más rubia, más orgullosita que las demás mujeres. No tardó en decirse: «Gracias á la Telma no le limpian á su marido el comedero. A todas horas se la ve con el cabo, un hombre que ha tenido muchas aventuras, pero que es hábil, generoso y tan severo, que jamás ha podido servir nadie á sus órdenes hasta que ha llegado Bielé.»

No mentían las mujeres. Toda comedia, toda tragedia de las clases elevadas tiene su eco en el pueblo. Las mismas pasiones, los mismos medios, las mismas causas. Y sin embargo, si un novelista se hubiese propuesto estudiar el caso de Telma Bielé, hubiera tenido que tratar de averiguar qué ejemplos de moralidad había visto en torno suyo, qué educación, qué conse-

jos había recibido aquella pobre criatura, hermana de tantas otras. A la sazón había roto con su culpa; había cambiado por completo, ó por lo menos, quería cambiar, y sentía esa agitación que no deja al alma fuerzas más que para una sola cosa: para no dejar de querer. Sufría; tenía miedo de sí misma, y, sobre todo, del hombre á quien había abandonado. Todo aquello era nuevo, sorprendente; hasta á ella misma le parecía increíble. ¡Una cosa tan impensada! ¡Un sentimiento de curiosidad que la había obligado á entrar en la iglesia, algunas semanas antes, durante un sermón de misión; y luego... recuerdos, horror de sí misma, súplicas, lágrimas!... He aquí por qué la angustiaba tanto la soledad.

Pero, aquella tarde, Telma sufría además por otra cosa. No tenía pan para el día siguiente. Su marido volvería muy tarde, porque le habían mandado ir al otro extremo del bosque, y encontraría la sopa caliente, como de costumbre. Pero, al día siguiente, cuando se levantase, diría: «Dame pan, Telma. ¡Ya no hay en la cesta!» y tendría que confesarle que en ocho días había ido dos veces á la panadería, que había tenido que suplicar á la panadera que la fiase y que las últimas palabras fueron un insulto: «No vuelva usted por aquí; ya no sabemos quién ha de pagar y se acabaron las cuentas: si no hay dinero no hay pan.»

Todo el mundo estaba ya enterado de la ofensa que habían hecho á la pobre mujer. Por ello había esperado á que se hiciese de noche. Volvería al pueblo;

empeñaría, si necesario fuese, las alhajitas de *dublé* que le habían regalado el día de su boda.

¡Ah! si estuviese allí su hijo el segador, un excelente jornalero que acababa de cumplir los quince años, y á quien, á pesar de su poca edad, se habían disputado ya tres labradores, porque era fuerte como un hombre, y trabajador, ¡ya lo creol ¡y servicial como ninguno! Sólo tenía un defecto, el mismo que la madre: se entristecía por cualquiera cosa, tardaba en consolarse, y no confiaba á nadie sus penas.

Telma había dejado la puerta abierta por causa del humo. Y de repente, en el momento en que estaba pensando en él, aparece el segador en el umbral, con un enorme sombrero de paja, una blusa azul, al hombro la guadaña húmeda aún por la savia de la hierba y colgando de la punta del mango de la guadaña un lío de ropa. La madre corrió hacia él, le echó los brazos al cuello, le estrechó hasta ahogarle y le besó en la frente y en las mejillas, como si buscase en su hijo la paz que á ella le faltaba.

—¡Andrés! ¿Vienes de los pajares? ¿Han terminado ya las faenas de la siega? ¡Qué bien has hecho en venir! ¡Mira qué alegre estoy! Tú eres mi tesoro. Vamos á comer y luego iremos al pueblo á comprar pan.

—¿Á estas horas?

Telma se quedó cortada. ¿Sabría algo? Pero, no. Andrés dejó en un rincón, junto al hogar, la guadaña y el lío de ropa, y le dijo:

—Ya comprendo: es para que mañana por la mañana tenga pan padre.

Telma apartó la olla, echó la sopa, y puso un cubierto en la mesa de cerezo cuyas patas, por la parte que tocaba con el suelo, parecían esponjas.

—¡Come, hijito!

—¿Y tú, mamá?

—Yo no comeré.

El muchacho la miró con unos ojos que brillaban con ansia de vivir, y que se maravillaban de que no tuviese hambre todo el mundo. A lo lejos repicaban las campanas anunciando que pronto se recogería el vecindario de los pueblos, y sus sones, confundidos con los rugidos del torrente, subían hasta los abetos, campanas también, que vibraban agitadas por la brisa. Andrés acabó de comer apresuradamente. Telma abrió el armario, y, tal vez por causa de la niebla, sacó un mantón negro que la tapaba de pies á cabeza. Madre é hijo bajaron del terraplén sobre el cual estaba construída la casa, y se dirigieron á la carretera, hacia el sitio en que trepaba por el monte y hacia un recodo. Á la derecha, entre las sombras, rugía el Isère. La noche era oscura.

Siguieron por la carretera; entre las tinieblas vislumbraron los tres nogales que daban sombra á la casita del cabo Lauzanier. La madre había cogido de la mano á su hijo; procuraba no hacer ruido al andar. Pero, apenas salieron del círculo de sombra que, á pesar de la oscuridad proyectaba el último

nogal, cuando un hombre saltó al camino, detrás de ellos.

—¿Telma?

—Es el señor Lauzanier—dijo el muchacho.

—No le contestes, y corre; hace algún tiempo que nos tiene manía... no le escuches siquiera, Andrés, ¡ven, ven!

Y le arrastraba.

—Te he conocido, Telma. Ya sabes que veo en la oscuridad. No te escondas... Vas con otro hombre... párate y ven á hablarme!

Continuaba la huída. Durante un momento esperó el hombre una respuesta. Pero como no recibía ninguna á no ser el ruido de los zapatos de Telma y de los zuecos de Andrés, que corría junto á su madre, gritó con rudeza:

—¡Corre, corre! ¡ya me vengaré!

—¿Qué dice?—preguntó Andrés.

—Nada.

—Sí; tú estás llorando; ¿qué ha dicho?

—Que hará que dejen cesante á tu padre, que nos denunciará...

Volvió un poco la cabeza para tratar de leer en el rostro de su hijo. Y creyó ver unos ojos de fuego, unos ojos que no querían mirarla y que permanecían fijos obstinadamente en las invisibles montañas.

—Es que tu padre está malo muy á menudo... ¿sabes, hijito?... y yo he empezado otra vez á frecuentar la

iglesia... eso es lo que dirá...; pretextos nunca faltan cuando se quiere hacer daño á alguien...

El camino se bifurcaba; á la izquierda había una cañada; una casa indicaba que allí comenzaba el pueblo; éste no tenía más que treinta casas y una sola calle casi recta, con una iglesia al final. Las ventanas de las casas y los escaparates de las tiendas, débilmente iluminados, proyectaban aquí y allá, sobre el camino, algunas fajas de luz. Telma se acercó á una de estas luces que interrumpían las tinieblas, subió unos escalones, y, empujando una puerta, hizo sonar una campanilla.

—¡Ah! ¡no!...—comenzó á decir secamente una voz que salía del fondo de la tienda;—ya la he dicho á usted...

La panadera,—unos ojillos color de uva pasa en un rostro arrugado color de pan de centeno,—levantó la lámpara de petróleo, que había cogido del mostrador, para ver quién era el hombre que acompañaba á Telma. Cuando reconoció á Andrés cambió de tono.

—¿Qué desea usted, señora Bielé?

—Dos panes—dijo Andrés.—Cuando yo vengo, se come doble.

Estaba como siempre, decidido y risueño. Sentíase orgulloso de mandar, de proteger, de pagar. Lenta, torpemente, desató los cordones de una bolsa que llevaba en la faja, y, en tanto que su madre cogía los panes y salía á la calle, él contaba el dinero sobre el mos-

trador. Puso en fila varias monedas de plata y todas las de dos sueldos que poseía, y dijo:

—Cóbrese; mi madre me ha dado el dinero, otra vez tiene usted que fiarle.

La panadera guiñó sus ojillos como si dijese que sí, pero se contentó con saludar. El muchacho salió, encontró á su madre en la carretera, y el regreso fué mejor que la primera parte del viaje.

A aquellas horas, Lauzanier debía de haber abandonado el valle para ir á hacer su ronda por la montaña. Telma lo sabía. Hablaba con Andrés de la granja de la Javerge y de los prados que el mozo acababa de segar. Pero el chico sólo decía una palabra por cada tres que pronunciaba su madre.

—¡Si yo pudiese ver lo que pasa en su corazón!—pensaba Telma.

Llegaron á la casa; Andrés se acostó, y su madre, acercándose á la cama de su hijo, «besó al niño»; pero llevaban ya dos años de vivir separados: esto deja huellas tan hondas que no se borran con un beso.

.....
Ya muy tarde, á media noche, entró Bielé, que estaba de servicio en la roca de Marchand. Encontró á su mujer dormida y á su hijo despierto.

—Padre—dijo Andrés—¿por dónde irá el señor Lauzanier mañana por la mañana?

—Ya se ha marchado. Antes de las nueve estará en el castillo de la Javerge, y luego volverá por Vor-

chère. Pero, ¿por qué lo preguntas? Estás soñando, muchacho. ¡Duérmete pronto y hasta mañana!

.....

Cuando antes de las nueve, con un sol hermoso y un vientecillo fresco, llegó el guarda Lauzanier al prado de la Javerge, que está situado entre dos bosques de abetos, á dos mil metros sobre el nivel del mar, vió que había un hombre tumbado en medio del prado, junto al sendero. Continuó su camino, y pronto, en la actitud de la cabeza que se erguía y le espiaba, conoció que aquel hombre era joven. Acercóse entonces y reconoció á Andrés Bielé.

Este hallábase acostado boca abajo en el suelo, sobre la hierba recién segada, con su guadaña junto á sí. Con los brazos cruzados y sosteniendo la parte superior de su busto, tenía la mirada fija en el guardabosque que se acercaba, y esta mirada revelaba la existencia de una idea única tan tenaz y tan imperiosa, que el cabo se paró y dijo:

—¿Qué me quieres?

Sin embargo, el segador no había dicho aún una palabra.

No se movió; pero sus ojos inmóviles rebrillaron, como los de un gatito que cesa de jugar.

—Señor Lauzanier,—dijo—he venido para darle á usted un consejo.

—¡Hola!

—Ha dicho usted que denunciaría á mi padre.

—¡Y lo haré si me da la gana, chiquillo!

—¡No lo hará usted, señor Lauzanier! Lo que aquí se dice no lo oye nadie, y es mejor; escúcheme usted bien: todos los años ocurren por aquí muchas desgracias!...

—¿Y qué?

—Pues, que si no se calla usted, le ocurrirá algo, señor Lauzanier, algo malo, se lo aviso á usted...

El guardabosque miró á Andrés con aire de reto, se encogió de hombros y se alejó. Pero el relámpago que lanzaron los ojos del segador, tuvo la virtud de tornarle prudente. Calló.

Andrés Bielé se volvió á su granja, allá arriba, en el lindero de las nieves. Siguió pagando el pan en el pueblo. Pero no volvió á bajar.